REPSOL YPF

XV. CONCURSO DE RELATOS CORTOS

REPSOL - YPF

Segundo Premio en Versión Castellana

Título: "OCHO ELECTRONES EN EL ÚLTIMO NIVEL"

Autora: ÁGUEDA Mª CARRO FERREIRO.

Centro: I.E.S. Nº 1 DE ORDES.

ORDES - A CORUÑA.

AÑO 2.002

TÍTULO: "Ocho electrones en el último nivel"
LEMA: Ariadna

2º premio Cartelín

Su madre había muerto hacía una semana. Sara regresaba a su casa después del funeral y de unos días de meditación. Con los ojos enrojecidos y las lágrimas arañando su cara, vagaba sola por el pasillo.Al fondo se oía una lejana pero ruidosa gotera: el grifo de la cocina también lloraba acompasadamente. Los recuerdos inundaban su cabeza. La impotencia poseía su cuerpo, vivía en un mundo de arenas movedizas y niebla espesa. En su ser, más vacío que nunca, sólo quedaba el virus de la demencia luchando contra su cordura; y en su mente se repetía la frase que siete días atrás había salido de la boca de alguna viejecita, durante el funeral. Con eco, cada vez más fuerte, le lastimaba, le oprimía:"La vida sigue, la vida sigue, la..." Y ella sólo encontraba paradójico ese zumbido, porque...¿tiene sentido seguir viviendo sin aquello por lo que vives?

Antes de que esta última desgracia nublase su existencia, Sara era una ambiciosa y jovial chica que con mucho esfuerzo labraba su futura felicidad. Estaba terminando Química. Formar una familia propia y trabajar en la investigación eran sus metas, metas que paliarían todo el sufrimiento anterior. Y es que su vida había sido un viaje lleno de fortísimas turbulencias.

Su infancia había sido dura, muy dura. La solvencia económica nunca caracterizó a su familia y ello ayudó a desencadenar la oleada de desgracias: Su alcohólico padre la maltrataba a ella, a sus hermanos y a su madre. El hambre, el rechazo social y la enfermedad de su progenitora se unieron a la lista. Y aunque se percataba de la crítica situación en la que vivía, enérgica, afrontaba las adversidades con valentía. No lamentó el fallecimiento de su padre, sólo sintió pena y rabia al ver a su madre ahogándose en dolor por aquella bestia que únicamente le había regalado calamidades, y pensó que ni su padre, ni ella, ni nadie se merecía una sola lágrima de aquella noble mujer.

Con entereza pudieron rehacer sus vidas en otra ciudad, siempre superando obstáculos y saltando barreras. Ella y sus hermanos pudieron estudiar gracias al trabajo continuo de su sacrificada madre. Sara quería darle la alegría de verla felizmente casada y trabajando en lo que le gusta.Ese era su sueño, vivía para cumplirlo, para recompensar a la mujer que le trajo al mundo, que le dio la vida y que lo daba todo por su gente.

Y ahora...su modelo a seguir se desvanece...El director de la orquesta había enmudecido a la mejor primer violín. Porque Sara sí creía en Dios.Pero no en un Dios justo,esperanzador y "camino correcto". Creía firmemente que el Todopoderoso la retaba, la había desafiado toda su vida quemando lo que ella quería y deseaba.Dios era el culpable.

A oscuras,sentada en su cama trataba de buscar una motivación o una forma de vivir sin sufrir. ¡Vivir sin sufrir! ¿Qué es sufrir? Pues no es más que el punto y final de amar. Después de querer y de necesitar, siempre hay que padecer y lamentar;al menos eso pensaba.

Y entonces tuvo hambre. Sintió ese vacío en el estómago y esa necesidad agobiante de erradicar la falta de alimento. No había probado bocado en varios días. De alguna manera el sentir hambre consoló su alma. ¡Su cuerpo sí quería vivir!

Más tranquila, entró en el baño y se lavó la cara. Aquel día más que nunca estaba abierta a todas las sensaciones posibles, por ello no le extrañó el escalorío que recorrió su cuerpo cuando las gotas de agua heladas amainaban su ardiente dolor de cabeza. Se miraba al espejo mientras se secaba lentamente. Sintió lástima de su persona. Tenía un aspecto verdaderamente deplorable. Se juró que jamás se volvería a ver así: hundida.

Ya en la cocina y tras "picar" algo, se propuso resolver el dilema de su futuro y firmar el contrato con una buena copa de cava. Tenía que marcarse un objetivo y buscar unos valores en torno a los que

vivir. Después de recoger la mesa sacó del frigorífico la botella de cava que reservaba para Navidad,se fue al comedor a por una estrecha copa fina y se sentó de nuevo a la mesa teniéndolo todo muy claro:

Su objetivo sería vivir sin sufrir, lo que implicaba no amar, no querer. Si no se encariñaba con nada ni con nadie, no podría ser defraudada en su intento de no sufrir el mal ajeno que se convierte en propio. Sus valores:la libertad y su carrera. Ayudar al mundo pero no por el mundo,sino por ella misma,para sentirse útil y necesaria. Libre, sería libre y estable. Tendría los ocho electrones en el último nivel que le otorgarían la independencia total. Con un gesto casi cinematográfico, llenó la copa de cava, la alzó ante sus ojos y la bebió, ahogando el pasado.

****

Años después, Sara había terminado su carrera de Química con muchísimo esfuerzo. Residía en un nuevo apartamento, en una remota ciudad de un país extranjero y en un nuevo continente. Hablaba una lengua distinta y tenía otra identidad: Catherine Mayor.

Investigaba enfermedades cancerígenas en la universidad y colaboraba en varios proyectos más. Se sentía útil y sabía que el mundo la necesitaba. Vivía sola. Nunca más se había puesto en contacto con ningún punto de su vida pasada,que nadie conocía,que todos ignoraban. Como se había prometido, estaba "protegida" bajo una burbuja. Era fría y esquiva ante la gente. Sus ojos negros perdieron el color vivo y chispeante de años atrás. Ahora eran mates y profundos, pero estaban vacíos. Se mantuvo distante hasta en el trabajo, donde cerró mil puertas al amor y a sus compañeros, que siempre dijeron de ella que que era una fabulosa profesional,crítica y observadora,pero impenetrable.

Solitaria,tenaz,firme...su corazón estaba cercado por muros de hormigón. Sus logros eran de interés mundial. La más grande y mejor científica del último siglo, una persona extraña, un genio.

Estudiaba a las personas como cualquier preparado químico y no envidiaba nada del prójimo, ni siquiera la felicidad; porque en el fondo se compadecía de aquellos que tenían sentimientos por alguien o algo."Ilusos, pagarán caro sus instantes de alegría". Y ella se consideraba afortunada por "saber" cómo afrontar el destino. Creía que le había ganado la partida al Omnipotente, que había superado el reto y se había hecho invulnerable al castigo de la vida.

****

Después de muchos años, Catherine continuaba bajo su escudo anti-sentimientos, sola. Pero su vida había dado un drástico giro:

Su casa estaba llena de diplomas y galardones a su intachable trayectoria.Su cartilla de ahorros mostraba a su favor una buena suma. El mundo reconocía su trabajo y ella cargaba con siete décadas de existencia sobre la faz de la Tierra. Pero ahora estaba muy enferma y en una clínica geriátrica. Varios meses antes había sufrido un derrame cerebral y como consecuencia tenía inmovilizada la parte izquierda de su cuerpo y había perdido la capacidad del habla. Pasaba las horas en una cama o en una silla de ruedas. No tenía amigos en la clínica gracias a esa mirada fulminante que transmitía alto voltaje. No le era necesario hablar para dejar ver que ella estaba en contra de cualquier relación humana. No era preciso que aquellos labios, que no habían sonreído en tantísimos años, pronunciasen el rechazo por el mundo que ella sentía.

El personal cuidaba de la "ogra" con esmero. Le ponían la radio, la sacaban a la terraza... Le gustaba observar el parque de enfrente y a su gente. Algo en su interior era diferente;además ella y el mundo cambiarían con la llegada de la nueva asistente:Susan Park.

"Me encomendaron al cuidado de Catherine, pero a ella no le agradé en absoluto. Alegre como siempre, no dejé de hablarle y tratarla

como si fuera de mi misma sangre. La besaba a mi llegada y cuando me iba, la abrazaba, le contaba mi vida, mis penas y le sonreía a cada momento. La siempre arisca Dra. Mayor no podía más que gruñir ante mis efusivos gestos de afecto, a lo que graciosamente le respondía:

-¿No le da vergüenza gruñir como un perro herido? Un día le enseñaré a hacerlo como un león.

"Katy" se convirtió en alguien muy especial para mí.Dejé de considerar mis visitas y cuidados como requisitos del contrato y la acompañaba once horas al día. La sacaba de paseo y la regañaba por ser tan fría. A veces, sentada frente a su cama le miraba fijamente a los ojos y me imaginaba lo emocionante que debía haber sido su vida. Pero también tenía curiosidad por saber qué era lo que la hacía tan infeliz, por qué sus ojos denunciaban la soledad y la tristeza que la corroían. Y a pesar de mi manera extrovertida de tratarla, en el fondo sentía un inmenso respeto y una enorme admiración por su ser, porque llegué a avergonzarme de las historias que le contaba al imaginarme que estaba aburriendo a todo un genio, cuya áurea de sabiduría me perturbaba y me cohibía. Seguí preguntándome por el brete que arrastraba mientras poco a poco me ganaba el corazón de la anciana, aunque continuó comportándose igual que siempre:distante. Las apasionadas historias que le contaba estaban funcionando como granadas de cariño e iban derrumbando el escudo que la aislaba del amor del mundo. Estoy segura que comenzó a sentir nostalgia y cierto arrepentimiento. Se pasaba las noches pensando y meditando; ya no podía dormir y cada día la veía más apagada y triste.

Una mañana cuando llegué a la residencia me dijeron en recepción que la Dra. Mayor había fallecido de madrugada.

Yo, incrédula, subí corriendo a abrazar a mi "abuelita" deseando que todo fuese un craso error. Mas en su lecho ya no estaba. Anna acababa de recoger sus cosas. Se acercó a mí y asintió bajando el

rostro mientras llevaba su mano a mi hombro derecho. Mi cuerpo se congeló, pero sentía la sangre hirviendo de rabia y oía a mi corazón furioso latir. Anna se fue, me dejó sola con mi angustia. No conseguía moverme. No podía creerme que hubiese ocurrido. Nunca me había planteado que aquel momento llegaría... ¡Catherine! ¡No he logrado liberarte!

Mirando a la nada, observé en una esquina su silla de ruedas, y por un momento creí verla allí, riendo. Su sonrisa, desconocida para mí, terminó por derrumbarme. Desesperada me eché en su cama y abracé fuerte su almohada, llorando desconsoladamente mientras me empapaba con su olor, que todavía desprendían las sábanas. Y en mi delirio descubrí entre las mantas un viejo y grueso libro titulado "Siempre Sara", cuya primera página decía:

A Susan Park, mi familia

Era una especie de diario. Me fui rápidamente al final, y con la voz quebradiza leí las últimas líneas, escritas con pluma y con letras retorcidas e imperfectas:

> "Con estas hojas explico (que no justifico) mi comportamiento antisocial. He vivido paralelamente al mundo y mi actual arrepentimiento no me devolverá el tiempo perdido.
>
> Volar sola es necesario; pero para ver el paisaje y elegir un buen árbol donde anidar. Yo seguí volando...
>
> Llegar a los ocho electrones está bien si completas tu nivel compartiendo cargas negativas "covalentemente" con otros seres queridos, porque la vida no sería posible si sólo existiesen los gases nobles."

Y entonces comprendí que la Dra. Mayor había firmado su mayor descubrimiento: la tesis del sentimiento humano, Y es que querer no querer es imposible.